

El Espíritu Internacional de España

Excmo. Sr. José Félix de Lequerica,
Representante Permanente de España en la ONU. (1)

Agradezco mucho esta segunda invitación de nuestra Asociación, pues guardo un recuerdo gratísimo de la primera vez que conversé con vosotros aquí, hace ocho años. Me es muy honroso siempre visitaros en Fordham.

Estas disgresiones mías no pueden tener carácter oficial ni de definición de política española. Para hacerlas están los Jefes de Estado y los Ministros, y los de mi país no han ocultado frecuentemente su pensamiento autorizado. Los Delegados en las Naciones Unidas sí tenemos el privilegio de intervenir en los debates de todos los asuntos —¡y Dios sabe qué extensa gama de asuntos se tratan en aquella Casa!— pero reflejando y representando siempre el pensamiento oficial. Somos unos mandatarios con mandato imperativo de nuestros gobiernos. Y, sin embargo, es tal la potencia de esta Asamblea deliberante que aun esa manera un poco automática de operar de las delegaciones permite serios contactos entre los diferentes pueblos, recoge aspiraciones muy distintas que luego se llevan por este camino hasta sus gobiernos mismos, y de este modo ha facilitado importantes conciliaciones bien eficaces, algunas de las cuales están en vuestra memoria. Los gobiernos son sensibles al pensamiento de las Naciones Unidas, y así resultan un factor para su resolución definitiva.

Para el Gobierno español, para la conciencia española, las Naciones Unidas son un bien grato instrumento de labor internacional. No se repetirá suficientemente cuánto habían preparado nuestros grandes juristas y teólogos del siglo XVI, un ambiente favorable a la existencia, sobre las soberanías mismas de los Estados, de posibles organismos y de leyes superiores de orden moral capaces de contener, si alguna vez surgiera, la violencia desmandada de los poderes individuales. El pensamiento informador de las Naciones Unidas es bien conforme con la tradición jurídica de España.

Justificadas preocupaciones.

El español, me apresuro a deciros, sujeto de la política internacional, en términos generales, y sin especial referencia a los problemas de

(1) Conferencia pronunciada el día 28 de Marzo de 1958 en el Keating Hall de la Universidad de Fordham, cuya traducción española hemos recibido de su ilustre autor.

actualidad, por consecuencia de su posición histórica, es un pueblo quejoso de la forma con que el mundo ha recibido su obra histórica y de la valoración por el mundo de esa tarea histórica.

No aludo a historias de eruditos, descubridores a cada paso de actividades o hazañas de pueblos y de hombres, ignoradas de la generalidad de las gentes. Se descubre una, y ella aumenta la estimación de la persona o país al cual se refiere la labor investigadora.

No. No hablo de eso. Es en la propia historia universal, en la más obvia, en la de manual, en la manejada por los niños y los jóvenes estudiantes, donde nosotros somos bien injustamente tratados, y se olvida cuánta ha sido nuestra participación en la historia.

Se olvida, por ejemplo, en esa tendencia de considerar a España como una provincia apartada de la historia universal, cuánta fué nuestra actividad en los primeros siglos del Cristianismo, cuando España formaba parte del imperio romano y daba a aquel gran Estado singulares hombres de gobierno. Mirad detenidamente el manual. Recordad las palabras del Obispo Fructuoso de Tarragona, martirizado alrededor del año 25 en una de las persecuciones del Estado romano. Ellas definen para siempre esta preocupación universal del español, mantenida siempre a través de la historia. Extrañamente se ha conservado la crónica del martirio, y en ella se dice hablando de la ejecución de San Fructuoso y dos compañeros suyos: "Cuando los tres sacerdotes de Cristo estaban en el anfiteatro para ser quemados vivos se acercó al Santo Obispo un cristiano llamado Félix y cogiéndole la mano derecha le rogó encarecidamente que se acordara de él, a lo que Fructuoso repuso con voz clara que todos pudieran oír: "Yo debo acordarme de toda la Iglesia Católica esparcida de Oriente a Occidente".

Y pensamos en Osio, español, cordobés, Obispo de Córdoba, que convirtió a Constantino y en el Concilio de Nicea formuló las palabras hoy repetidas por los cristianos como símbolo de su fe, que muchos rezan en los Oficios dominicales.

Y extraigo de los manuales —insisto— los ejemplos del universalismo español. Estamos muy lejos de ser la provincia intelectual imaginada por quienes no estiman nuestras formas de vida. Nos preocupa el mundo; pero el mundo no corresponde a esas preocupaciones.

Ved si no lo ocurrido con la gran empresa española, la fundación y creación de América. Jamás escamoteo semejante de la obra de un pueblo ha surgido como el empleado frente a la hazaña de los Reyes Católicos, rematada en tres siglos de incesante creación por los guerreros, frailes, comerciantes, hombres del pueblo, obreros y campesinos españoles a quienes debe su forma primitiva este continente, que ya ochenta años antes de aparecer los primeros fundadores anglo-sajones en vuestro país, le habían dado forma insuperable. Y, sin embargo, llega el 12 de octubre y al salir a la calle encuentro una grave procesión no hispana —hablo de aquí, de Nueva York— celebrando la más extraordinaria fecha de la Historia española, aquella que para el historiador Gómara era la primera después de la Encarnación y Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Ahí al lado desfilan con banderas y estandartes los representantes de una nación, bien querida y admirable, sin existencia de 1492, como tal nación, por el hecho, muy verosímil, aun cuando no enteramente compro-

bado, de haber nacido Cristóbal Colón en Génova. Igualmente, he dicho alguna vez, se podría negar a Austerlitz su carácter de victoria francesa, por haber nacido Bonaparte en Ajaccio, cuando Córcega era tierra italiana. (Y por poco nace inglés Napoleón y Austerlitz hubiera sido una victoria británica si Boswell se sale con la suya y hace intervenir a Inglaterra en la guerra de Génova, según observan divertidamente los editores de sus papeles de Yale). No basta recordar cómo Génova fué enteramente ajena a la vida del navegante transcurrida toda ella en Portugal y España; no basta recordar cómo fueron los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, quienes aceptaron, patrocinaron y sufragaron la empresa del descubrimiento de América, aportando naves y hombres. Al propio Cristóbal Colón lo habían ya nacionalizado por los métodos de la época, al nombrarle Almirante del Mar Océano. Por España tomó posesión de aquellas tierras; todos españoles fueron los primeros pobladores y en ochenta años montaron —ya os lo dije antes— un mundo. De los grandes acontecimientos de la vida de la humanidad, es éste uno de los tres o cuatro fundamentales.

Y, sin embargo, pregunto, no a los eruditos y a los enterados, cuyo pensamiento en último término me interesa mucho menos, sino al hombre medio: ¿quién asigna aquí al pueblo de España su papel decisivo en la creación americana y, por lo tanto, en la historia, con plena comprensión de cuanto esto ha supuesto para la marcha del bien indiscutible y legítimo progreso?

Se regatea la empresa. De ella se cuenta tan sólo la parte dura, temporal, y bien difícil de separar de todo empeño humano de esta importancia. (De ninguno de ellos ha sido separado. Hagamos todos examen de conciencia y así lo reconoceremos). De tal modo que lo que debía ser y es motivo de glorificación constante y de valoración y estimación para los españoles, se ha convertido en base de una leyenda de crímenes, de violencia y de destrucción. Casi se nos invita a disculparnos de haber descubierto y hecho América. ¡Cómo si el continente americano hubiera surgido a pesar de la malicia de los propios españoles, sus descubridores; no obstante los crímenes de quienes fueron sus primeros pobladores, de quienes descenden sus actuales habitantes en toda la parte hispánica de este continente! Puede pensarse si quizás España debiera preferir no hablar de la creación americana para evitarnos bochornos y esclarecimientos poco gratos. Ni siquiera —y os hablo en un país de la extensión cultural de Estados Unidos, con la franqueza del amigo— ni siquiera el origen español de casi una veintena de naciones americanas es suficientemente conocido de la inmensa mayoría de las gentes. Con estar vosotros en el mismo continente, son muchos aquí quienes ignoran la comunidad de lengua de España y todas esas repúblicas grandes. Vacilan mucho antes de saber cuál es la lengua hablada desde Méjico hasta Patagonia y tierra de Fuego, con la excepción gloriosa del portugués en el Brasil.

No faltan incluso quienes se empeñan maliciosamente en como inventar un supuesto nuevo español hablado por la extensión colombiana abierta al mundo mediante la acción de los Reyes Católicos. Es muy graciosa, por ejemplo, esa historia de la “ce castellana”, convertida por algunos en elemento diferencial poderoso, entre el lenguaje de plenitud castellana, ibérica, europea y la lengua hablada por 18 repúblicas de Amé-

rica. Otra leyenda encaminada a evitar o atenuar el más coloreado y visual elemento de unidad entre hispano-americanos e hispano-europeos. ¡Cuando en la propia España la inmensa mayoría de las gentes no pronuncia esa "c"! Algunos lo hacemos eruditamente y por el camino de la reflexión. "Ese" es el sonido heredado por los americanos hispánicos de sus antepasados en buena parte o en su mayoría andaluces, extremeños, canarios, y también en diversa proporción vascongados, jamás capaces de pronunciar la linguodental reservada a la elegancia idiomática de Castilla.

Hace pocas semanas, en "A.B.C.", de Madrid, uno de nuestros escritores mayores, Víctor de la Serna, encubierto tras trasparenteísimo seudónimo, lanzaba su deliciosa prosa, en nombre de la inmensa mayoría de los hispano parlantes, peninsulares, canarios y americanos, contra el imperialismo de la "ce". Tan aviesamente explotado, añadiremos.

Tales desviaciones llegan hasta a intimidar a las gentes sencillas de nuestros países, haciéndoles temer cuando tropiezan con un sujeto de lengua castellana, pero de distinta caseta geográfica, que no serán entendidos. Ello me ha ocurrido durante una visita a cierto lugar fronterizo de Texas y Méjico. Observé apenas llegado las fisonomías de inquietud de los servicios de la gratísima residencia donde nos encontrábamos, mejicanos, al dirigirse a mí, alertados sin duda sobre las supuestas diferencias idiomáticas. Cuando hablamos a coro castellano —y sin "ce" castellana, pues a mí tampoco me corresponde en mi calidad de vascongado—, las caras se distendieron y todos nos sentimos satisfechos del feliz encuentro.

¿Es cuanto expongo preocupación conservadora, posición reaccionaria, vanidad provincial o parroquial de un pueblo bien conocido por su puntillosidad social y espiritual?

Al contrario, justificada preocupación española, muy comprendida por grupos selectos vuestros —en todas partes anticipados a la opinión media cuando se trata de rectificaciones radicales—y en la cual se va creando una conmovedora conformidad de todos los españoles de calidad, de bien distintas procedencias, ilustrada con impresionantes ejemplos.

Traigo el testimonio de un profesor compatriota muy distinguido, don Américo Castro, de quien no puede decirse precisamente que sea un hombre de pensamiento conservador, ni adicto a las organizaciones oficiales del pensamiento español.

Peculiaridad de España.

Ha planteado Castro el problema en términos claros. La peculiaridad de la historia de España frente a las historias de otros pueblos —ha dicho— consiste en que "la imagen histórica de los más importantes pueblos de Europa, posee un perfil bastante preciso", "el inglés y el francés parten de una firme creencia al enfrentarse con su pasado, reflejan en fórmulas al parecer seguras: empirismo y pragmatismo, racionalismo y claridad". Existe lo que se puede llamar una "versión canónica" de las historias de Francia e Inglaterra. Por el contrario, la historia del mundo hispano-portugués carece de esa visión unitaria y segura y es esencialmente problemática. Consecuencia de esto es "que la Historia de España no haya podido estructurarse en un modo válido para todos; un agudo relativismo matiza cuanto a ella se refiere: en sus nacionales, arrogancia, melancolía, recelo y acritud frente a extraños; en éstos, aire desdeñoso,

tenaz incomprensión, inexactitud calumniosa y, a veces, entusiasmo exaltado". "Tomando como criterio de juicio histórico el pragmatismo instrumentalista del siglo último, el pasado ibérico consistiría en una serie de errores políticos y económicos, cuyo resultado fueron el fracaso y la decadencia, a los que escaparon otros pueblos europeos libres de la exaltación bélico-religiosa, y del personalismo estático y señorial".

El pasado español es así de manera fundamental para los extraños, algo enigmático, difícilmente aceptable sin discusión. "Las maravillas logradas gracias a la estructura hispana de vida, se admiran sin regateos cuando su perfección alcanza límites extremos (Cervantes, Velásquez, Goya), y cuando no rozan la incapacidad de comprender, la vanidad o el interés de otros países más poderosos. No se reconocerá espontáneamente, por ejemplo, que la ciudad de Méjico y algunas otras de Hispanoamérica eran las más bellas del continente en cuanto a su prodigiosa arquitectura, pues esto obligaría a admitir que la dominación española no fué una mera explotación colonial". Y más abajo añade: "Todo ello procede de que los fenómenos máximos de la civilización española no son calculables racional, sino vitalmente, y así casi nada aparece indiscutido y bien afirmado".

Ciertamente, la posición española en los mayores conflictos ideológicos —lo comprendemos nosotros mismos— explica esas negaciones hostiles a lo español y hasta el querernos privar de la dulce, desinteresada y bien poco "imperialista" satisfacción de encontrarnos en el vasto ámbito humano con otros pueblos auténticamente cercanos por el origen y la vida presente. También nuestra universalidad de gustos y esfuerzos nos ha traído esas hostilidades. Especialmente la religiosa.

Fuimos el pueblo levantado contra la Reforma religiosa del siglo XVI. El pueblo de Loyola y de Trento, y de las guerras de religión hasta la paz de Westfalia. Una encendida llama de fidelidad a la Iglesia de Roma, ilumina la conducta no sólo de nuestros soberanos y gobernantes, sino del pueblo entero e inspira la filosofía y la literatura españolas de los siglos XVI y XVII, sin extinguirse luego. En la tremenda pendencia —nunca interrumpida— nos habían de corresponder heridas de injusticia con la forma especial de tergiversación y olvido de cuanto hicimos en la común tarea de mejorar y enriquecer especialmente a la humanidad. ¿Hay en ello demasiados motivos para extrañarnos?

Hoy mismo dentro de las nuevas formas de la convivencia y la discordia, España mantiene su fidelidad a los principios de su historia. Sería engañar, y poco decente en consecuencia, ocultar nuestra posición católica a los efectos de la vida interior española y consecuentemente de la vida internacional. España es un país esencialmente cristiano, con una interpretación católica de la vida pública, social y política. Sometido a la eterna doctrina católica, religiosa y filosófica. País de católicos comprometedores, sin agilidades evasivas ni condescendencias con la llamada contemporaneidad.

Si vais a España encontraréis un país espontáneamente sumergido dentro de un vivir religioso, como pudiera estarlo el más cristiano pueblo del siglo XIII. Conviene formar y consultar las estadísticas; y sobre todo para quien tiene misión de dirigir y evangelizar a diario, son ellas indispensables como instrumento de trabajo. Lo digo porque se publican estadísticas en España misma sobre la individual piedad de las gentes,

¿y no siempre sus cifras son completamente alentadoras. Pero si examináis la vida española en su conjunto, la encontraréis conformada por la religión. Las fiestas de los Santos, las grandes épocas de la Liturgia, repercuten no sólo en el interior de las Iglesias, ni son ocasión de remoción únicamente para las conciencias, sino que salen a la calle con formas a veces estrepitosas y se entran en la cotidiana menudencia del existir, dándole una gracia, una elegancia y una elevación a la cual rehacios observadores no han podido ser insensibles.

Somos un país libre y gozosamente encuadrado por las Cuaresmas, las Pascuas, por los Días de los Muertos y de los Santos, por los gloriosos Patronos de nuestras ciudades. País humano, con grandes defectos como todos, con grandes desfallecimientos, pero repleto en su entraña social de la savia religiosa. No como se han pretendido en sus puras exterioridades, sino con toda la íntima cristiandad de estos conceptos aplicados a la vida.

Es España nación de libertad religiosa, tal como la interpreta y define la Iglesia de Roma, a la cual pertenecemos. Negarlo ha resultado bien sin fundamento. Pero somos y nos importa mucho más un país de religión. Para el español, la religiosidad, la intensidad de la religiosidad, es un fenómeno mil veces más importante que la mayor o menor licencia para ejercer en uno u otro sentido esta suprema propensión del espíritu.

Si falta la religiosidad, si falta la materia esencial sobre la cual se basa la relación del hombre con Dios, poco valor tendrá una amplia, bien calculada libertad de dejar moverse espectros anacrónicos sin contacto con la vida circundante. Excéntricos aficionados a un ejercicio comparable con otra serie de gustos de coleccionistas y no superior a ellos, si bajo ese aspecto impasible se mira.

El español es además de religioso en su vida privada, religiosa su vida pública y su Estado es un estado católico. A la par, sobra decirlo, libre, libérrima para lo político la esfera de César. Lo viene siendo como consecuencia de una evolución histórica apenas interrumpida brevísimos periodos. Yo he nacido cuando el Estado era católico, y ello era anterior, bien anterior, a lo sucedido el año 36. Y católico ha sido con cortos paréntesis y católico es hoy. Nuestra posición, respaldada por filósofos y estudiosos de todas las épocas, corresponde a una concepción de lo espiritual y su primacía, no limitado a lo hondo del vivir individual de cada uno, sino como un pleno concepto social y político de los deberes del hombre cuando se agrupa para cumplir los fines elevados de la vida estatal, con respecto a nuestro Creador y a la verdad revelada.

Reflexiones comparativas.

El carácter académico de esta reunión invita a reflexiones de esta naturaleza, útiles además para esclarecer las conductas.

Hay un catolicismo que separa su filosofía política de la teología, y aplica esta separación no sólo a los regímenes políticos, sino a los campos de cultura o de civilización. La concepción histórica y actual española sostiene la necesidad del carácter ético-religioso de lo temporal, y lo estima inseparable, inherente, a todo ideal histórico de Cristiandad.

Nuevamente me refugio en Don Américo Castro, a quien un poco toscamente llamaremos liberal de izquierdas por razones, sobre todo, de rapidez. Dice Américo Castro: "La única cultura que los españoles pre-

tendieron irradiar de veras, fué la implícita en su fe católica. De ahí la Compañía de Jesús, española en su origen y muy combatida en sus comienzos por lo que tenía de "novedad". Gracias a los Jesuitas y a sus métodos hispanos de ataque, se mantuvo el catolicismo en el Sur de Alemania, e incluso en Lituania y Polonia. Además de sus creencias, España difundió por Europa ciertas maneras de expresión y de sensibilidad literarias, de elegancia y de cortesía".

Aun fuera de esas posiciones fundamentales teológicas y morales, hemos chocado por razones políticas europeas con los pueblos a quienes ha correspondido fabricar lo esencial del pensamiento dominante los tiempos modernos. Así hemos salido de mal parados; y la idea de lo español es ingrata y áspera para muchos, incluso entre los mismos católicos, nuestros hermanos de fe. Se nos tiene por exagerados, o violentos o agrios en nuestras concepciones, y se olvida cuánta ha sido nuestra contribución a la mejor gran obra de la humanidad. ¡Imposible dejar de pensar otra vez, machaconamente, en la formación de los pueblos de América!, que el profesor Laín Entralgo define como "el empeño de poner a los hombres en el nivel de la Historia Universal dentro de la fe católica y a través del habla castellana". O si se prefiere un ejemplo, dice Laín Entralgo, a "la fórmula de dar al indio la posibilidad de ser respecto a la cultura de nuestros días lo que respecto a la fe de su tiempo fué el inca Garcilaso".

Para poder ser nosotros mismos en la vida de relación internacional, hemos procurado empezar por volver a ser nosotros mismos en la vida interior. A muchos observadores el régimen español puede parecer un régimen anormal, de tal modo se ha acreditado la idea de que sólo los regímenes conformes con las creaciones políticas de los pueblos anglosajones merecen la condición de tales. Me parece uno de los problemas de la hora presente. España lo ha evitado con un quiebro de su mejor taumaturgia política, al cual algún día muchos de esos observadores, todavía ariscos, volverán la mirada con curiosidad simpática.

Difícil es en la política interior de un país aspirar a la ejemplaridad externa. Y además de difícil, indiscreto y casi siempre poco fecundo. Deben ser las normas políticas resultado de la experiencia, consolidación de ejemplos y casos repetidos, consecuencia de resultados vistos, mucho más que aplicación puramente profesoral de principios o de ejemplos de clase. Entre vosotros, los anglosajones sobre todo, legítimamente orgullosos de cuanto habéis conseguido en orden a la organización estatal, muchos han llegado a pensar —ya lo he dicho— que vuestras fórmulas de libertad y representación tienen un valor universal, y pueden indistintamente ser aplicadas a los demás países. Los más de los españoles lo llegaron a creer también durante un siglo muy largo. Hemos hecho ensayos con gentes brillantísimas para aplicar estos principios y no hemos quedado satisfechos de la prueba.

Ha sido ella, en general desapacible y poco remuneradora para el anhelo de bienestar público del pueblo español. Y España ha vuelto los ojos a ejemplos propios y lleva veintitantos años estudiando con gozosa sorpresa el propio caso y saca las consecuencias.

De ahí precisamente ha nacido un más intenso y sincero fervor por la vida internacional. Lejos de ser motivo estas rectificaciones para que

España frenase su necesidad de incorporarse a las corrientes del mundo, al sentirse más ella misma sin necesidad de simulaciones políticas, ha sentido mejor el cometido del servicio internacional.

Conflictos del mundo actual.

Esa liberación política le ha valido no pocas enemistades. Cuando yo os visité hace ocho años eran mayores. Hoy yo creo va ganando la batalla un concepto más liberal de esta clase de problemas. Pero todavía quedan escuelas sectarias, fanáticas, para las cuales el primero de los empeños es imponer la propia ideología política a los demás países. Cuando ese cuidado y esa pretensión sean tan sólo las del comunismo, habremos dado un gran paso para conseguir la concordia entre los hombres. Pues hay también otras gentes, a sí mismas bautizadas con nombres más generosos, empeñadas en pasar revista a los diferentes gobiernos, someterlos a juicio y condenarlos o absolverlos, según coincidan o no con sus preceptivas. Es una modalidad sin las crueldades materiales de la otra, pero en la práctica a veces de resultados parecidos. Esos aparentemente equilibrados y abiertos de pensamiento empeñados sin embargo en moldear los países todos con arreglo a sus gustos y predilecciones, sin pararse a preguntar hasta dónde son aplicables a otros territorios, a otras costumbres y a otras historias, constituyen todavía, después del comunismo, uno de los grandes azotes de la humanidad.

España ha tomado su previo y decidido partido frente a unos y otros. Rechazó la imposición comunista el año 36, pero rechazó y ha rechazado la imposición de otras escuelas políticas empeñadas en obligarla a entrar de nuevo en el camino de la ordenación política capaz de hacerla débil, de destruir sus propias energías y de entregarla así a la destrucción suprema. Llena de respeto y de admiración para las instituciones de los demás, cuando éstas han dado un resultado suficiente, dispuesta a convivir con ellas y seguir su camino hacia una ordenación superior del mundo; pero fiel a sus principios, a su historia y a su conciencia.

España se acerca con ánimo libre y pacífico a los problemas internacionales de la hora presente. No piense nadie que nuestros enfados nos hacen colocarnos ante los conflictos del mundo presente con ánimo de disidencia o de protesta. Ni siquiera de reserva. No, ciertamente. Casi los he señalado para mostrar el contraste; aparte de un incontenible deseo de sinceridad tan útil al analizar la política. Vamos a cooperar con los otros pueblos en nuestra medida limitada, pero en toda nuestra medida, con sincero fervor y una no superficial, sino profunda apreciación de la gravedad del momento.

Ya comprenderéis que me acerco al problema del cual está lleno hoy la preocupación universal; la división del mundo en dos bloques. Y más todavía, las dificultades del uno para aceptar las manifestaciones de la otra parte, la parte comunista y soviética, y darles estimación de sinceridad, sin la cual no cabe alzar un edificio de concordia.

Nosotros, por una dolorosa experiencia, de la que nos gusta poco hablar —pero tampoco eludimos hacerlo cuando sirve para esclarecer las cuestiones de nuestra hora— conocemos bien el peligro de la expansión mundial de una potencia, Rusia, aliada a una ideología, el comunismo. El peligro ruso lo ha sido de muchos momentos de la historia y llena capítulos bien considerables de ella. La alianza de lo que es poderoso imperio y una ideología a ratos tentadora nacida de las especiales con-

diciones de desarrollo industrial europeo, luego extendida a los demás continentes, es un nuevo gravísimo acontecimiento. Reclama fuerzas de resistencia espirituales y reclama un esfuerzo material ilimitado por parte de quienes deseen oponerse a su ímpetu. Pide al mismo tiempo, todos los procedimientos de la diplomacia antigua y todos los modernos procedimientos de la diplomacia popular o de asamblea, en la cual tanta fe tenemos nosotros y a la que servimos con sincera ilusión.

La actitud de España.

España sufrió en su guerra llamada civil la intervención directa del comunismo con intensidad y violencia superior a cuanto ha visto el mundo estupefacto en Hungría. Pero sufrió España, además, de un momento de interpretación extensa universal del comunismo —hace más de veinte años— como una posible fuerza liberal o de izquierdas, ruda en sus procedimientos, manchada de poco disculpables violencias y, sin embargo, capaz de evolucionar o por lo menos de recorrer parte del camino hasta encontrarse para la acción común con fuerzas liberales y democráticas. Era la época de los frentes populares y como frente popular operaron las fuerzas comunistas de España. Esa posición les trajo la tolerancia internacional de muchos hostiles sinceramente al comunismo, sin embargo tímidas en la condenación cuando éste puede parecer un instrumento del juego común de defensa de la libertad y la democracia, entonces, efectivamente, bajo severas amenazas. Fuimos víctimas, reitero, de esa confusión y colea un poco todavía para nuestro daño, tal recuerdo. Y aún se beneficia el comunismo de restos, muy reducidos, de esperanzas en su posibilidad de sumisión a la unidad democrática. Es un concepto casi desvanecido, pero algo pesa con todo, en las opiniones internacionales.

Nosotros, bien examinada la situación del mundo, creemos hoy, para países de nuestra medida, y para todos, en la necesidad de una acción sin reservas junto a aquellas potencias decididas a oponerse y de hecho opuestas con acción política y diplomática y con la precisa garantía de las armas a la amenaza positiva y evidente del comunismo soviético.

Naturalmente comprendemos la necesidad por parte de los países directores, de seguir o plantear de nuevo procedimientos de trato para evitar lo peor. Ojalá, además, den resultado, y no es posible desesperar de la capacidad de los hombres para remediar sus propios males.

Ahora nuestra misión es la de cooperar plenamente, sin reservas mentales, sin críticas innecesarias ni de segundas intenciones, a ese gran empuje de los pueblos de la tierra, sin distinción de continentes, dedicado a sostener la línea básica de nuestra presente vida, frente a un ataque del cual la doctrina misma y la experiencia histórica de cuarenta años nos dan una pintura perfecta de toda su malicia y toda su capacidad de destrucción. Encontramos ilícito ante tal amenaza debilitar con abstenciones o coqueteos la ingente labor de los países libres, notoriamente —vamos a decirlo con la claridad propia de nuestra postura internacional— de Estados Unidos, a la hora histórica decisiva en la cual les ha correspondido en primer término el papel de defender nuestra civilización.

Ello indica cuán lejos está España de las posturas llamadas neutralistas. Las estimamos —llenos de respeto para quienes profesan tales creencias políticas— en sí mismas, el máximo elemento de debilitación

del esfuerzo civilizado y uno de los grandes aliados del comunismo. Sea cual fuere nuestra fuerza como pueblo y nuestra capacidad de armamento y nuestro coraje histórico para defendernos en situaciones críticas, cuanto tengamos y poseamos debe estar sin reservas mentales junto a quienes hoy sostienen la causa común. No hace falta ser un país muy grande y poblado, ni reunir las cualidades de potencia de primer orden, para aceptar el empeño. En cambio, las menores palabras insidiosas y llenas de innecesario espíritu crítico contribuyen a la labor destructora.

España sirve un propósito de cooperación y en la política de bases y acuerdos con Norteamérica, como ustedes pueden ver, prueba con hechos su propósito de acción común. No carecemos de la precisa imaginación ciertamente para encontrar motivos de crítica en muchos de los tratos diplomáticos en marcha, ni motivo de alarma en los retrasos de armamentos ni razones de escepticismo en algunas excesivas confianzas. Aceptamos, sin embargo, y aceptamos gustosos, casi con la fe del carbonero, marchar moralmente encuadrados, libremente encuadrados por nuestra decisión, en el ejercicio de la paz y del derecho internacional. Es ello nuestra única posible contribución al mantenimiento preciso de ese estado de paz. Cuanto más nos armemos dentro de nuestra medida, cuantas menos dudas mostremos sobre la utilidad de las armas convencionales en la era abismal del nuevo armamento, mejor contribuiremos a esos resultados positivos.

El camino para la paz: quiénes lo estorban.

Si todos los países —principalmente los de Europa, por razones geográficas— piensan del mismo modo, la causa de la paz llevará andado buen camino. ¡Lejos de la candorosa posición, reiteramos, de quienes creen posible abstenerse de tomar partido, entre un mundo de sumisión al derecho y otro de neta agresión, el mundo ocupante de los países de la Europa Oriental! Un mundo dominador no sólo de Hungría, como hemos podido comprobar desde Naciones Unidas metiendo la mano en la misma herida sangrante, sino de otras naciones europeas, entre ellas una de las más ilustres, Alemania. Cuando tal desequilibrio se produce, y de una parte existen países con libertad internacional, y de otro una cárcel de pueblos sometidos por una potencia ajena a ellos de resultados de violencias militares, la paz es muy difícil.

Hace ocho años pasaba aquí mismo revista a las fuerzas europeas. Las naciones europeas libres, si efectivamente se decidían a organizarse frente a Rusia, creo que daban 280 millones de habitantes, contra la población, no toda satisfecha y entusiasta, del imperio soviético. Hoy el cálculo sigue siendo el mismo de entonces y hoy hace falta —y yo no dudo existirá— una decisión de aplicar esa fuerza, de montarla en formas eficaces y de con ella atender a la tarea común. La posición española, trabajosa para un país imaginativo y muy aquejado de dolores históricos como el nuestro, ha sido la de entregarse tenazmente a esas actividades y demostrarlo con hechos. El estado de espíritu español, la acción de nuestro Gobierno son una sólida respuesta.

Se es neutralista no solamente cuando se proclama tal principio de indiferencia entre las potencias de agresión y de opresión y las de resistencia. Se es también neutralista, aún sin quererlo, cuando se contribuye limitada, temerosamente, a la defensa común, sin aplicar a ella todos los

medios. Se es también neutralista cuando sustituye a los alientos de unanimidad una censura constante de quienes, sobre todos, dirigen la política de resistencia al mal.

¿Hay nada más neutralista que esas posiciones frente a la política de Estados Unidos en su acción exterior, llenas de reservas y como de sabidurías crípticas anunciadoras de misteriosos remedios? Observador de la historia del mundo durante muchos años, no ajeno a la lectura de ella, además de cuanto mis ojos me han permitido ver desde buenos observatorios, puesto a pensar en los errores actuales!

Primero: no conozco ningún país que desde 1945 haya propuesto, a nuestro lado, al lado de la razón y la justicia, procedimientos mejores y más precisos para hacerlas prevalecer, que los practicados por una política cuya responsabilidad máxima pertenece a Estados Unidos, y de la que yo estimo pueden estar bastante satisfechos, y

Segundo: el recuerdo, además, de dos guerras tremendas, la del 14 y la del 39, cuando Estados Unidos no regían la política internacional por lo menos desde la postura de primer término hoy providencialmente recaída sobre ellos, está muy lejos de alentar confianza en otras direcciones, ni hace sospechar que hayamos desperdiciado posibles procedimientos de suprema sapiencia durante este período crítico.

Dejemos, sí, operar a la diplomacia; cooperemos con ella y a su acción. No perdamos la esperanza. Ninguna pasión nos mueve contra ningún país y su régimen. No es ese asunto nuestro. Pero no admitamos las perspectivas fáciles y blandas, como esa tantas veces circulante de prohibir las explosiones atómicas, sin tomar las precisas precauciones de vigilancia. Comparaba yo ese propósito —tan típico— en las Naciones Unidas, con el de suprimir el humo de los incendios para tranquilizar a las poblaciones, mientras los edificios continuaban ardiendo por dentro y sin estrépito. Tengamos confianza y no atosiguemos a nadie con lenguaje de planíderas, ni con un ineficaz humanitarismo, sangriento a la larga, como tantos humanitarismos que ha conocido antes la humanidad sufrida y paciente.

Con bastantes mayores miramientos hacia las normas civilizadas, la conquista napoleónica de pueblos acarreó una guerra casi interminable e hizo precisa la liquidación final bélica. La violencia ejercida sobre naciones libres, especialmente la ocupación de territorios ajenos acaba por explotar y provocar catástrofes. Era de no mucho volumen la de Alsacia y Lorena por Prusia, después de la guerra de 1870, y fué probablemente el principal origen remoto de la guerra del 14 y sus consecuencias. Si el partido militar no inspira al Canciller Bismark tan grave atentado contra Francia, quizás el espíritu público europeo hubiera sido distinto y faltara buena parte del combustible para el incendio aún no terminado. ¡Y hoy son tantas las Alsacias y Lorenas!

Ha hecho observar un escritor inglés Christopher Hollis, del "Tablet" de Londres, que la nueva forma de armamento tiene el efecto de disuadir a los países de los proyectos de guerra, porque uno de los tradicionales argumentos en favor de una guerra decía que ésta únicamente podría ser justa si tenía una probabilidad razonable de conseguir sus propósitos. En el pasado, las guerras de los Estados ofrecían esa posibilidad. Se provocaba una guerra para evitar o para obtener algún objetivo limitado, particular, el cambio de una provincia, la rectificación de una frontera, aun cuando a veces todos estos cálculos salieran mal, pero al fin y

al cabo eran posibles. Ahora —añade— puede argüirse que esto ya no tiene sentido. Fuere lo que fuere lo que surgiera de una nueva guerra internacional, nada remotamente parecido a las instituciones que iniciarán la guerra podría resultar de ella. En consecuencia, es absurdo el invocar el argumento de la auto-defensa, porque la auto-defensa en asuntos internacionales es la defensa de las instituciones y las instituciones se suicidarán si van a la guerra, concluye Hollis.

Es un punto de vista ingenioso y pragmático; hará pensar de seguro a algunos hombres con responsabilidad superior en el problema. Ya a nosotros nos encantaría poder felicitarnos de ver prevalecer tales formas de pensamiento prudente. Sin por ello apartarnos de nuestra posición neta, activa y práctica ni sumarnos a la siembra de ilusiones debilitantes.

El acercamiento entre los diferentes pueblos europeos —os hablo con preocupación de continental europeo— su cooperación en empresas más cercanas y aun su coincidencia previa en la tarea común, entra perfectamente dentro de estos propósitos españoles y, sobra decirlo, en modo alguno son obstáculo para la gran concordia universal que dirigida por Estados Unidos ofrece las máximas garantías de equilibrio al mundo. Nuestra política da todos los días buenos ejemplos de coincidencia, en la que no discutimos la manera de regirse de los diferentes países amigos y vecinos, como ellos tampoco discuten la nuestra y, en cambio, buscamos por encima de discordias y con extinción —más que olvido, extinción— de problemas históricos cada día más pequeños ante la presente realidad, la manera de trabajar juntos y hacer eficaces cosas juntos. Excepcional ejemplo de ello, lo señalaba hace cuatro días nuestro Ministro de Asuntos Exteriores, es la relación íntima de España con Portugal. Sin que jamás se aparte de nuestra mente el restablecimiento del derecho donde todavía, en formas capaces de afectar a la preocupación española diaria, se mantenga quebrantado.

Ante la aparición de nuevos Estados.

Gran asunto de la política internacional y, por lo tanto, de las Naciones Unidas, relacionado íntimamente con nuestra principal preocupación, es también la aparición de nuevos Estados, sobre todo los del continente asiático y africano. Una revolución comparable a la de este continente americano iniciada ya a fines del siglo XVIII, con la sublevación de las colonias —luego Estados Unidos— y culminante en la emancipación de los países formados por España y Portugal en América, ha ocurrido en nuestros días.

¡Suceso jubiloso, también primavera de la humanidad! Era difícil contenerles y no era humano oponerse a cuanto tenían de profunda justicia. En último término, con realismo político, cuesta trabajo imaginar que patrocinadas y difundidas por las grandes naciones vencedoras en dos guerras, las doctrinas de emancipación de los pueblos, del derecho a regirse por sí mismos, pudieran limitarse tales doctrinas a determinadas zonas, especialmente europeas, y hacerse realidad tan sólo para beneficio de pueblos privilegiados.

Cuando tales formas de pensamiento han ganado las conciencias, nadie debe extrañarse si aquéllos en quienes quizás no se había pensado cuando se predicaba la buena nueva se acogen a ella y con las propias palabras reclaman su postura libre ante el mundo.

Desde los puntos del Presidente Wilson hasta las grandes declaraciones posteriores al 39, era ya fácil prever la extensión por todo el mundo de unas formas de vida que han traído a nuestros asientos de Naciones Unidas un considerable contingente de naciones nuevas, no tan nuevas todas que la historia no tuviera de ellas completa noción y buen conocimiento; nuevas como pueblos libres emancipados de la dirección europea llamada colonial.

Nosotros, españoles, hemos tenido nuestra propia interpretación de lo colonial. Los excesos y las malas prácticas no consiguen borrar lo que fué llama inicial de España y su gran labor de América. Y nuestra fraternal unión con pueblos de nuestra sangre y nuestro mestizaje nos llena de ilusión ante la aparición de otros brotes nuevos exaltadores de la igualdad entre los hombres tan conforme con nuestra convicción suprema.

Pensemos en los pueblos ahora llegados a la plenitud política para evitarles la tentación aduladora de quienes buscan la destrucción de un orden moral que nos es común con ellos. Hagamos justicia a sus legítimas pretensiones. Tengamos también la fraternal franqueza de señalarles los peligros de la exageración y los límites del derecho.

La novedad de su vida pública no puede aconsejar a esas naciones imitar las violencias de los pueblos viejos, de las que ellos mismos han sufrido. No basta haber nacido ayer a la vida internacional con plenitud de derecho, para lanzarse a la expansión antijurídica con olvido de tratados y leyes superiores. Su interés es el de todos, el respeto a la ordenación del derecho internacional. Quienes en el pasado soñaron con grandezas irreales, y trazaron sobre las cartas geográficas líneas de expansión arbitraria, en general, no acabaron bien.

Precisa el mundo viejo, y nuevo sobre todo, no dejarse ganar por el sentimiento de alarma, y ante la magnitud de las hecatombes posibles, entregarse a la desesperanza y rehusar la acción. Leo en Tucídides, maestro de la política, al describir la peste en Atenas, los días de Pericles: "Lo más grave era la desesperación y el desánimo del hombre al sentirse atacado, pues muchos, teniéndose ya por muertos, no hacían resistencia ninguna al mal".

¡"Muchos teniéndose por muertos"!, dice el gran historiador griego. ¿Hay quizás algunos en esta crisis "teniéndose ya por muertos" ante la violencia organizada y la magnitud de medios a su disposición? Entre ellos no nos contamos los españoles.